



Estampa

REVISTA DE **Expreso**

Lima, 15 de Diciembre
de 1963 — N° 30

Per Micromedey
Santa Cruz



El Diabolo no figura en la Mitología Africana. Desde tiempo inmemorial, el africano, con un sentido muy amplio sobre la religión, sabe que puede ser el bien y el mal, cuando se sigue de sus dioses. El diablo, en su sentido a las invocaciones de sus devotos. Es decir: De la Fe que escucha el dios al Hombre, al invocarlo poder divino, que queda al servicio del Hombre y el Hombre en arbitrio para aplicar los poderes concedidos — adquiridos por autogestión — a sí o a sus semejantes, para Bien o para Mal.

En la Mitología Africana, el Diabolo tiene por nombre Eshú. Prácticamente no es un dios ni un espíritu, sino mensajero de los dioses u orishás. Algo así como el Hermafrodita de la mitología griega (inicialmente símbolo de la fecundidad), que posteriormente figuró en el Olimpo y era el mensajero divino.

En contacto con el cristianismo, el negro toma conciencia de que Dios es el Bien y el diablo es el Mal. Pero la religión africana parte de otra América, la prohibición y persecución a los rituales afro-americanos: Vodú, Haití; Ubaná y Macumbé; Rio de Janeiro y Sao Paulo; Candomblé; Bahia; Changó; Fernambuco; Parícuti; Mita y Angaraes; Tambora; Sanjé; Pate; Macumbé; Candomblé; Cuba; Vodú; Haití; produjo la misma religión del mismo tipo en el que ningún buen fátnigo, Incurú o fillo de santo cree sinceramente. De este sinceramente, en el que Changó es San Jerónimo para los brasileños, y ese mismo Changó es Santa Bárbara para los antillanos; Eshtí es el Diabolo para los negros de Haití, e Eshú, Liemencio Zantú, e Múnghé Eshéssá, Raí, Tibáriti, Tíríriri, Lámbá, José Marombá, Pave-má, Kólóbó, Bará, Elegbá, Ichú, Eleguá, Lebá (en dahomeyano). El Compadre, Panlira (la mujer del diablo), Bonhonlira, etc. Pero esta ambivalencia sólo cuenta para los blancos y mestizos.

El Diabolo no adora al Diabolo. Cuenta con él (con Eshú) para que éste cumpla su misión de mensajero divino convocando, a todas las divinidades al rito religioso. Luego, eshtí, no participa en el rito. Valga todo este parloteo para referirnos al "Son de los diablos", danza negrolé, practica da hasta hace poco en Lima.

El "Son de los diablos", aunque practicado por negros exclusivamente

ha no tiene que ver con los ritos africanos de las diversas tribus de Tampusá de Bahía. Tampoco de Bahía. "Los Negritos", que bailan, con marcadas variantes, muchos pueblos de nuestra serranía, en las que los intérpretes folkloricos se cubren el cobrizo rostro con máscaras negras, recordando a los negros que, por estas tierras, los negros de las Indias en el duro trabajo en minas bajo el cruzal trabajo de los colonizadores españoles. Quizás nuestro "Son de los diablos" tenga ligerísima similitud con las "diabladas" de Oruro (Bolivia).

A comienzo de siglo, lo único que se sabía del "Son de los diablos" nos lo decía una acuarela del artista negro Pío Brister, en su libro "El Negro" (1903-1979). Se desconocía la coreografía de esta danza. Hasta que en tiempo de Le-guía — volvieron a salir por las calles de Lima en las fiestas carnavalescas, las plintorescas cuadrillas del "Son de los diablos", con su peculiar ritmo, de 6/8, similar al "Pasito", al son de gaitera, de buro, callo y gaitera; y al "Pasito" de "Pasito", "Diabolo", "Jummalá".

El mejor bailarín y comparsas de esa época fue un moreno fornido y malencarado, de nombre cochere y de nombre Francisco Andrade, más conocido por los apellidos "El Negro". "No Bisés", "El Negro", las calles, se detienen, las espumas, formaban ruidos y, alternativamente, ejecutando pasadas de zapateo criollo y de "agua de nieve". "No Bisés", pese a su elevada estatura y corpulencia, era un zapateador. Murió trágicamente, en un accidente de tráfico, en un momento en que se encontraba en una calle de Lima. "No Bisés" — era una morena, escuálida y algo demencia. Una día, don Francisco Andrade, llegó de trabajar muy atribulado, para el ritmo de guijadas...

Son de los Diablos